

el incommensurable
señor ministro,
y según la revista
que dió la prensa,
ocupó su señoría
la presidencia.

Hubo, como era lógico,
mil entusiastas
brindis, por el ejército,
por nuestras armas,
por el valor histórico
de los soldados,
por el gran *saguntino*
Martínez Campos,

Por el propio ministro,
cuyas reformas
son sabias y sublimes
y hasta emocionan;
por los grandes talentos
que ha demostrado
en paz y en guerra todo el
generalato...

¡Bien! ¡Muy bien! Nada encuentro
de censurable
en esas expansiones
de generales,
pues siempre que la gente
llena la panza
salen con los erectos
las alabanzas.

Pero... ¡qué coincidencia!
Precisamente
á otro día de dicho
magnó banquete
(como ustedes no ignoran)
hacia un año
que los salvajes moros
nos ultrajaron.

¡Bien se demostró entonces
nuestras brillantes
dotes, y las de todos
los generales.
¡Bien quedó aquella fecha
López Domínguez,
con todos los talentos
que le distinguen!

Por eso me resulta
de muy mal gusto,
un banquete tan grande,
tan *pistonudo*
y el propinarse *bombos*
y alzar las copas
en recuerdo de tristes
negras derrotas!

DE EXÁMENES

Principio de contradicción.—Se formula así: No se puede ser federal pactista, sinalagmático y conmutativo y examinarse de metafísica por el texto de D. Juan Manuel Ortí y Lara.

Principio de evidencia inmediata.—Se formula así: La fe es la base de todo conocimiento. La razón es una palabra vacía de sentido. Si quieres aprobar la metafísica persignate al entrar en el aula. El sistema catequístico es el mejor de los sistemas. Puedes hacer examen para sobresaliente, pero también te pueden dar suspenso.

Aquí tiene su base y fundamento la eterna cuestión entre la razón y la fe, capaz de sacar de sus casillas á los que *vis á vis* á contender se ponen.

Y á estas horas ya habrá hecho la experiencia de la verdad de lo que decimos nuestro amigo el Sr. Rubandonadeu, suspenso por el tribunal de Metafísica, de que formaban parte los Sres. Ortí y Lara y Viscasillas.

LANZADAS

Nuestro querido amigo, el notable abogado, D. José Mestanza, se nos ha ofrecido para defender á DON QUIJOTE en su última é injustificada denuncia.

¡Gracias mil, amigo Mestanza!

La boda de D. Emilio, cantada por el saladisimo pacotillero Pepe España:

«Me acabo ahora de enterar
de una nueva pistonuda:
¡que se casa Castelar
con una condesa viuda!
Llamánle el gran orador,
el insigne novelista,
el ilustre historiador
y el eximio polemista.
A ver si cuando casado
viva en conyugal nido,
logra también ser llamado
¡el eminente marido!»

La Correspondencia Militar, ha formulado en uno de sus últimos números una gravísima denuncia contra el capitán general de Puerto Rico, Sr. Dabán.

Y claro, el fiscal de imprenta, obedeciendo según se dice á órdenes del gobierno, ha llevado á los tribunales á nuestro querido colega.

—¡Guardia, detenga usted á ese ratero que ha robado el portamonedas á esa señoría!

El guardia muy indignado:

—¡A quién voy á llevar á la prevención es á usted!

—¿A mí?

—Si, por meterse en lo que no le importa.

Con que ya lo sabe *La Correspondencia Militar*.

El general Martínez Campos, si hemos de creer á los periódicos, tiene decidido visitar á la regente en San Sebastián.

Lo dicho: estamos en visperas de una *corazonada*.

La Correspondencia hace constar que la presencia de D. Emilio en Barcelona ha pasado completamente desapercibida.

¡Ah! ¡Pobre D. Emilio!

«Humo las glorias de la vida son.»

El señor marqués de la Vega de Armijo ha llegado á Bobadilla.

Su residencia «habitual».

Los periódicos ministeriales no se cansan en la tarea de prodigar elogios al general López Domínguez por el feliz éxito de las maniobras.

Y hasta hay quien se atreve á proponer que le concedan una cruz.

La cruz de la batalla del Espinar.

Conste que esta semana ha habido también sus correspondientes descarrilamientos.

Y que el Sr. Groizard sigue firme en su propósito de que el Estado subvencione á las empresas de ferro carriles.

El ministro de la Guerra ha obsequiado con un gran banquete á los jefes que tomaron parte en las maniobras militares.

Creemos que esa fiesta ha debido celebrarse para tener más carácter el día 2 del corriente.

Aniversario de la tragedia de Sidi Guariachs.

Pues señor, todo el mundo se cree con derecho para protestar del nuevo plan de enseñanzas del Sr. Groizard. Y el tal plan será todo lo malo que ustedes quieran. Pero lo que dice el ministro reformador:

—¡Eso allá Sánchez Román, que es el padre de la criatura!

Indirectas del padre Cobos:

«No deja de causar extrañeza el silencio del general Dabán, el cual no ha contestado todavía al telegrama que le puso el ministro de Ultramar, no obstante hallarse bien el cable y haber telegrafiado al ministro acerca de otros asuntos.»

¡Ah! ¿Con que no ha contestado todavía?

¡Dios mío, pero qué elocuente es el silencio!

El general López Domínguez ha revistado el domingo anterior las tropas acantonadas en Madrid.

Pero montado á caballo.

Otra vez se habla de crisis,
y ¡oh! suerte horrible, ¡oh! tristeza,
¡dicen que esta vez también
se olvidan de Canalejas!

C. CASERO

EXCAPITAINE DE L'ARMÉE ESPAGNOLE

Le conocía mucho de vista. Mi retina guarda aún la silueta del soldado que, al frente de un pelotón de hombres, y envuelto en las sombras de una noche revolucionaria, salvó tranquilamente la distancia que le separaba de la Puerta de San Marcial á la calle del Paicífico. Con frecuencia le había visto después, á través de los boulevares, siempre lo mismo, con cara de pocos amigos...

No se despinta. En París se destaca su figura castizamente española. Ni alto ni bajo, cetrino el color, azulado, de puro negro, el abundante pelo, salientes los ojos; en toda su fisonomía una mezcla de bondad y dureza al mismo tiempo; en toda su persona el sello triste y severo de la raza, y esa insignificancia exterior que caracteriza á todo lo que es algo en España.

Para Casero, las cosas más extraordinarias son sencillísimas. ¿Su paseo por Madrid al frente de unas tropas sublevadas por él? ¡Sencilísimo! «Aquello lo hubiera hecho cualquiera; no tuvo nada de particular.»

De fijo que lo repetiría, y si un ayudante del general Pavia volviera á preguntarle en el cuartel:

—¿Qué pasa?

Contestaría lo que contestó antes:

—Nada; que salgo con el regimiento de *Garellano á proclamar la República*.

¡Cosa más tonta! ¡Si eso lo hace cualquiera!

Si estuviéramos á fines del pasado siglo, Casero sería soldado de la Convención, de aquellos que iban á vencer... y á morir.

A él que no le hablen de otra cosa. Por eso no se explica *lo* de Melilla.

—¡Pero, hombre, aquello ya no es España! ¡Si con los 1.600 hombres de guarnición en Melilla y con el batallón Disciplinario, había de sobra para destripar á todos los moros! La cosa no pudo terminar *así* á gusto de Martínez Campos. Porque Martínez Campos, lo mejor dentro de la monarquía, es un gran soldado. Pero, ya se vé, le ataron corto, no le dejaron hacer, y el hombre tuvo que meterse á cafetero y á pastelero. ¡Mire usted que dar café y pastitas á los moros! ¡Mire usted que irles con embajadas después de habernos insultado y pegado!... ¡Con un cañón si que había que ir á visitarles!

Lo de la política (republicana inclusive) le parece tan mal como *lo* de Melilla. «Ya no hay caracteres, ni hombres, ni *ná*. Con gentes así no se va á ninguna parte.»

—Por eso—añadió con amargura—me resigno á tocar la flauta en París.

Esa flauta es toda la gama de la vida de Casero en el destierro, toda su lira de soldado expatriado. De ella ha vivido y vive, por ella ha sufrido y sufre...

—Los franceses me quieren mucho, y yo les estoy agradecido. Pero ya sabe usted que en tratándose de ganar el panecillo, les enoja la competencia de los extranjeros. ¡Me han hecho muchas *perverrias*!

Algunas debieron ser para que, olvidando que ejercía de músico en el Jardín de París, tirase la flauta á la cabeza de algunos socios de la orquesta.

Fué padrino suyo para entrar en los teatros un periodista insigne, de fisonomía sardónica, que goza fama de ser muy mala persona, y que, según Casero, es el hombre mas bueno que como pan.—Enrique Rochefort.

Cuando se lo presentaron, le dijo:—¿Es usted quien hizo una insurrección en España? ¡Ah! Es usted mi amigo, entonces.

Y le dió una carta para el teatro *Eden*; una carta de Rochefort, es decir, un mandato en París.

El empresario, al leer la firma:—¿De Rochefort? Está usted admitido, *monsieur Casero*.

—Pero la orquesta está completa—observó el director.—Hay cincuenta...

—Pues habrá cincuenta y uno.

Desde entonces hizo trinos y comió cocido (porque á él que no le quiten su cocido á la madrileña, ni su ensalada de pimientos), y también empezaron á comer una porción de amigos de Casero. Porque lo que él dice:

—Algunas veces había para todos, y otras veces no había nada. Pero que caía un pollo, es decir, un duro para comprarlo. Pues ¡halal á hartarse todo el mundo.

Y se improvisaba un «banquete» en su casita, que tiene retratos de españoles netos—como *D. Manuel*, que es allí un ídolo, y *Frascueto*, que fué otro ídolo—y una mesa revuelta hecha con símbolos del espectáculo nacional, y otra porción de cositas de gracia; y apurábanse algunas botellas de lo tinto de Valdepeñas bajo la bandera de España, ilustrada por Casero con un letrero que dice: *¡Viva la República!*

Por entonces le molestaba un tanto la policía francesa, que lo dejó en paz hasta que salió á la publicidad el nombre del matador de Carnot.

¡Llamarse Casero—casi Casero—valiente bromal!

Creyése al principio que sería pariente suyo, tal vez hermano, y otra vez empezaron á enterarse de cómo vivía *monsieur Casero*.

Vive humildemente en la Avenida de Wagram, tocando la flauta, pero sin dar su espada á torcer, porque es un *convencido*. A falta de una República mejor, se contenta con tener en su casa el popular cromó de Sojo una República muy guapa, pero que no pestañea.

Los pesares de su vida azarosa no le han quebrantado.

—Me siento más fuerte que nunca; y me alegro de ello, por si me necesitan algún día...

Muy enérgico al hablar de política, le inmuta el recuerdo de la patria ausente. Noté que se entristecía sin darse cuenta de ello, y que su mirada vagaba, como si buscara otra cosa, sobre el oleaje del lodó que apelmazó la lluvia en la Avenida de Wagram, y sobre los árboles, amarillentos y destrozados como soldados en derrota...

Y como respondiendo á su pensamiento:

—¿A usted le gusta esto?—me preguntó.

—No, señor; porque me parecen muy mal todos los pueblos. Por lo demás, yo también soy emigrado, á mi modo, y sin cromó de Sojo.

—¿Es decir que usted no cree en mejores días?

—Creo en el lodazal de la política y en el amarillear de todas las causas nobles.

LUIS BONAFUOX.

(Del *Heraldo de Madrid*.)

Diego Pacheco, Impresor, Plaza del Dos de Mayo 5.